

Días difíciles

Todo junto, todo junto.

Por un lado, la balumba del texto, vivo pero informe, falto de cuerpo y de certidumbres, como una circulación de sangre flotando en el aire ciegamente, sin venas que la dirigiesen ni estructura que la sostuviera.

Por otra parte, el moderado estrépito de la cafetería de la estación en la que el texto iba creciendo a tientas, avanzando muy despacio y desde sí mismo, conquistando renglón a renglón ese cuerpo que lograrse defenderlo y definirlo, entre el vaivén de los viajeros en espera, llegada o salida, el de los trabajadores ferroviarios, el de los tintineantes golpecitos precedentes al movimiento de los trenes.

Y también, desde hacía muchos días ya, la muchacha de las ojeras enormes y el traje anticuado de chaqueta en lanilla azul, que, distante a veces y otras en una mesa más próxima a la del hombre, se sentaba durante toda la mañana seguro que a esperar, a espetar a alguien, con las manos vacías, la mirada algo perdida, tristonera pero, eso sí, serena, y dejando enfriarse un diminuto café cortado, tan invariable como el hecho de pagarlo y marcharse cuando él se iba entre la una y media y las dos, empujado por el cansancio y el hambre.

Había ido tratando de explicarse la extraña situación que lo llevaba allí día tras día.

Ya estaba acostumbrado, de hacía tiempo, a no sorprenderse de que se le presentara, con la misma urgencia exigente, un tema en el que no había pensado antes ni por sueño, o de escribir a horas y en lugares notablemente caprichosos. Sin embargo, lo que ahora estaba sucediendo era demasiado raro como para no llamarle la atención.

A las nueve de la mañana de un lunes fue a despedir a un amigo gallego a la Estación del Norte y tiró luego hacia el Metro. Pero, igual que si otra persona se lo ordenara o lo hiciera por él, había vuelto a la estación desde la boca del Metro, le había pedido prestado un bolígrafo a un camarero y redactó en dos servilletas de la cafetería las treinta impetuosas y primeras líneas (que, pudo intuirlo, ya encerraban de algún modo todas las demás) de un revoltillo sobre sus recuerdos leídos y sus experiencias vividas de la Argentina y de Nicaragua. Algo que se prometía bastante extenso y cuya repentina aparición no le resultó tan desconcertante como el posterior descubrimiento, entre incómodo y divertido, de que aquella maldita cosa se negaba a seguir andando como no fuera allí, tan lejos de su casa y entre todo el trajín de viajeros, avisos y locomotoras cercanas, siempre majestuosas para él, empezando por aquella bufante, destartalada y solitaria «Jimena» de maniobras, por la estación arenosa de su niñez y juventud en Cádiz.

Casi una semana, lo recordaba bien, tardó en darse cuenta de que la cosa era como era: de que, quién diablos iba a saber por qué, nunca podría escribir *aquello* más que *allí*, y mejor por la mañana que por la tarde o la noche. El texto se cerraba en lo ya

escrito, o se extendía en torpezas y banalidades, si los ambientes donde el hombre se obstinaba en continuarlo eran su casa, un bar del pinar vecino —los clásicos lugares de su trabajo— o algún otro sitio tan habitualmente favorable y razonable como esos. Pero estaba claro que, con sólo entrar hacia las nueve en la cafetería de la Estación del Norte, en aquella atmósfera bulliciosa y provisional, de lo menos propicia a la concentración y a la empresa de la literatura, el hombre ya sentía que todo iba a ir bastante bien y que su borrador prosperaría, como en efecto prosperaba algo o mucho, apenas sentarse y servirle el camarero su carajillo de güisqui bien quemado.

El recorrido, con espera y buen trayecto de autobús, seguido de siete estaciones de metro, transbordo de por medio y a hora de grandes gentío y apretones, no lo emperrezaba ni malhumoraba más que al momento de arreglarse y tener que salir de casa; cumplido ese esfuerzo inicial, ya se animaba sabiéndose en el buen camino. Y, en cuanto estuvo seguro de que aquel condenado mamotreto no quería más que crecer donde se le ocurriera venir al mundo, le comentó el caso a su mujer.

—Pero... ¿un poema sudamericano en la Estación del Norte? —se rió ella—. ¿No te saldría más a su aire en la de Atocha, que por lo menos tira al Sur? O, mejor, en el aeropuerto.

—Estoy seguro de que no, a qué voy a perder el tiempo probando en más sitios. Eso no anda ni siquiera en la otra cafetería de la Estación del Norte: tiene que ser en la grande, la que está junto a los andenes, en medio de todo el follón, ¿será posible?

—Mañana quiero darme una vuelta por la Gran Vía. Puedo bajar luego, recogerte allí a la hora que me digas, y nos vamos juntos para casa.

—No. Porque voy a acabar esperándote y además, si llegas en un buen momento del trabajo, me voy a poner nervioso, hasta se podría estropear todo el pasodoble. Prefiero ir y volverme solo.

—Pues bueno, hijo.

La enigmática muchacha de las ojeras y el traje azul de chaqueta había aparecido por la cafetería, casi pisándole los talones como siempre, en la segunda mañana de trabajo serio, pero el hombre no reparó en ella hasta el día siguiente, y sólo al tercero observó que parecía tomarlo a él como punto de referencia horaria: nada más replegar sus parcos avíos de escribir y disponerse a llamar al camarero para pagar y marcharse, la muchacha se levantaba y pagaba también, cerca o lejos del hombre que estuviera y sin mirarlo entonces ni luego, camino de las puertas los dos, como lo había estado mirando, disimulada o directamente, mientras él trabajaba.

En los días sucesivos —ocho, diez ya, a razón de unas veinte líneas válidas por mañana—, el hombre inclinado sobre un sobadísimo puñado de papeles había dado tan por definitivo como inexplicable que el clinclón y los anuncios, en voz femenina o masculina, de que el tren todavía para Valladolid está situado en vía sexta, el rápido a La Coruña o a Bilbao va a efectuar su salida, o el expreso Gijón-Oviedo tiene su inminente llegada por vía décima, eran, descabelladamente, la música y las palabras únicas, el exclusivo caldo de cultivo capaz de conseguir que el tembloroso bolígrafo volcara sobre el papel, de manera aceptable y en el lugar preciso, una imagen de Esther Dalto, la Milonguita del tango en el Buenos Aires de 1920, la visión con prismáticos de un jaguar a nado

por el amanecer del Gran Lago de Nicaragua, o las reminiscencias andaluzas incrustadas entre el fluir de las escenas hispanoamericanas, con emotivo pero alto riesgo literario. Llegó por fin el hombre a sospechar o entender, aunque tampoco lo tuviese claro, que la dinámica de la cafetería de la estación podía corresponder y ayudar de algún modo a la dinámica del poema, y que el mudable ir y venir de viajeros, trenes y datos que veía y oía dejándolo a él a un lado, en el opuesto silencio interior de su refriega con el texto, deparaba a éste un impulso acorde con su velocidad natural, enmarcada y como corregida, al tiempo que estimulada, por el local y el edificio mismos de la estación pulcra con añejos visos históricos.

Pensó entonces, mientras la muchacha a la espera lo ojeaba furtivamente, en la vasta red ferroviaria, horizontal y poderosa, que allí nacía y moría, como ya había pensado en esa otra red sanguínea de su escrito, vertical y precaria en el aire, impalpable, incierta, pero llena también de conexiones, de confluencias, cambios, ramales, conducentes por ferrocarril a poblaciones muy apartadas, o bien, sobre el papel, a símbolos, ideas o realidades tan laterales pero tan vivas y recordables como aquéllas.

Tan sólo el dichoso concepto «norte» no acababa, no acabaría nunca, de encajarle en ese inusitado proceso mediante el que una estación de trenes para el Norte (un Norte, además, español, comparativamente tan reducido) alentaba y nutría una escritura abarcadora de enormes y remotos territorios sureños, desde el trópico centroamericano a los frío límites patagónicos, todo un continente Sur de hermosuras y pobreza innumerables. A título de recurso, el hombre resolvió que justo en ese presunto desacuerdo, en esa ilógica contradicción de mil pares de pelotas, podía estar la razón de todo, el auténtico universo de Papá Freud, los escondrijos del sótano irracional, desde el que brotan y cunden, al parecer sin más ni más como el viento o el amor, ciertos árboles del arte.

Con todo, estos pensamientos no le ocupaban al hombre de la cafetería más que un tiempo mínimo, así como la distraída percepción del variopinto movimiento humano que constantemente se tejía y destejía en derredor suyo: lentas y bamboleantes campesinas con cestas y de negro, desclavadas de una revista del siglo pasado; impecables ejecutivos provistos de tersas carteras de mano y de repelentes *okeys*; parejas de todas las edades; grupos de doce o quince personas esperando a una sola y además insignificante por todas las señas; pordioseros, damas con y sin niños, empleados de la estación, vagabundos jóvenes cargados de mochilas cruentamente grandes, policías, descoloridas, pintadísimas, militares, tipos aislados y como extraídos de la imaginación de cien narradores: ese cambiante y revuelto enjambre de pasajeros, de aguardantes, de despedientes, sonorizado por los altavoces, los transistores de paso, los pedidos de los camareros, un súbito chirriar de carretillas mecánicas o de vagones: todo un permanente rumor de colmena propagándose, puertas afuera de la cafetería, hacia los distantes andenes de cercanías y hasta la rotonda, Paseo de la Florida abajo.

Más atención, aunque tampoco demasiada, fue despertándole al hombre con el tiempo la misteriosa y diaria muchacha de las ojeras. Se compadecía a veces de su evidente espera de alguien que no llegaba nunca, y otras veces le envidiaba aquella inalterable y sufrida serenidad que parecía convertirla en un fortín con faldas, mientras que a él, contemplándose un poco desde fuera de sí mismo, lo azaraba la conciencia de su excita-

ción y de su angustia de parturiento, seguramente advertibles pese a su cuidada actitud de desenfadado laboreo, y que no lo abandonarían mientras no supiese bien concluido el texto, temeroso siempre el hombre de su peliagudo acabado final y, más, de cualquier indistinguible avería en el planteamiento o la ejecución, un fallo productor de choque, fracaso o descarrilamiento radicales, contra los que él sólo contaba con un fuerte aunque confuso instinto, si es que todo su escrito no era, como se le ocurría en incurables momentos de desánimo, un mero antojo personal sin entidad ni interés. Pero tenía que seguir, porque tampoco podía ni debía hacer otra cosa, seguir en la aventura de su viaje inmóvil con chequetrén de carajillo al güisqui: el viaje de ese otro extraño tren nacido junto a los trenes, ese convoy cuyas vías debía ir inventando a tientas y afianzando sobre la marcha, volviendo atrás, dudando de todo, aferrándose igual que siempre a risibles trucos y supersticiones, estimulantes sin embargo y entre los cuales figuraba ya la muchacha de las ojeras, una presencia tenida poco a poco por el hombre como favorable, ejemplo de tenacidad y estoicismo que, aún a distancia y sobrellevando ella sus propias cargas, comenzara a acompañarlo en la fatigosa elaboración del poema.

Le calculó unos treinta años cuando más, y una vida difícil en las facciones finas y cansadas. Una mañana, ella se atrevió a acercarse y a pedirle un cigarrillo, que agradeció con una tímida presteza y como si no lo hubiera visto nunca. Regresó a su mesa apenas encenderlo y el hombre comprendió enseguida que no quería entablar conversación con él, tal como a él mismo le ocurría con la muchacha, y que esa situación se mantendría así. Pero, de todos modos, algo parecía haberse descongelado entre ellos, algo que remontaba el exiguo gesto de cabeza con que, desde la mañana del pitillo, se saludaban y despedían someramente: quizá una especie de complicidad de mutuo y callado entendimiento, adivinador de muy distintas y también muy agobiantes mañanas para él y para ella, con la diferencia de que los agobios del hombre, pensó él, quedaban bien a la vista.

Con los días, y según el texto afilaba sus dificultades al acercarse a su tramo final, la serenidad de la muchacha pareció irse deteriorando, cosa que pudo apreciar el hombre en un creciente aunque dominado nerviosismo que la llevaba a ojear precipitadamente un periódico, a mirar con sobrada frecuencia en todas direcciones o a darse algún paseo corto por el andén, sin descuidar la vigilancia de su mesa. De un modo entre deliberado y espontáneo, el hombre deponía entonces su actitud desenfadada y, como en una discreta representación teatral que realmente era un acto de solidaridad, sacaba a relucir en pequeños gestos perceptibles su verdadero estado de ánimo, las resoluciones e indecisiones de su agitada lidia con los papeles, el sombrío atasco en un pasaje, los instantes alegres de acierto o esperanza, las dudas por el resultado final, siempre atosigantes y al fin agravadas por su prematuro compromiso con un editor amigo a quien, tomando una copa, le confió una noche la noticia de su nuevo trabajo. Alentado por los anteriores y encandilado por el tema, el editor no había cejado hasta apalabrar con el hombre su rápida publicación.

—Me lo entregas —terminó diciéndole— en cuanto le pongas el punto final. Aunque estés todavía con la placenta por el suelo. Si tienes que tocarle, le tocas en galeras, ¿vale?

Pero la muchacha de las ojeras, si bien y como de costumbre persistía en escudriñar